

**TRIBUNA LIBRE**

El autor del primer artículo se detiene en algunas de las consideraciones surgidas durante la celebración en Sevilla de un Congreso sobre Didáctica de la Lengua y la Literatura. La mejora de instalaciones deportivas en los centros y la dotación de profesorado adecuado son cuestiones que plantea la segunda de las colaboraciones para mejorar la situación del deporte en el medio escolar.

**Didáctica de la madurez**

**Manuel Ruiz Lagos**

Profesor de Filología Española

**“... La improvisación habitual e histórica en la formación profesional de los docentes es una deuda que se paga con altísimos intereses...”**

**D**ECLARO que siempre me sería grato describir sobre el Congreso de Didáctica de la Lengua y la Literatura celebrado en Sevilla recientemente. Más aún cuando su resultado de «inconcluso» —que es ley de bondad de vida aquello que se perfecciona en el tiempo— le señala con esa calidad de «apertura», de discusión de futuro, que rompe el arquetipo congresual que, a veces, nos hace mirar de reojo a tales reuniones —más o menos masivas— de especialistas y de algún que otro pícaro dispuestos a utilizar el evento para —como ahora se dice— «currícularse» y prosperar, si lo dejan, a la sombra de centones y páginas relativamente plúmbeas; eso sí, reconocidas como «aportaciones sustanciales» para la historia crítica de la humanidad. Gracias que ésta, sin duda, prescinde ya —por supervivencia— de tanto dogmatismo pontifical con el que solemos revestir nuestra sesgada meditación, impuesta desde el propio territorio individual.

Justamente, este congreso, su propia «atmósfera», fue todo lo contrario. La originalidad de su «inconclusión» o «apertura en tiempo» no es más que el reconocimiento honesto de nuestra insuficiencia, incapacidad y —a la vez— deseos de superación —que habrá de tantearse en futuras reuniones— por resolver un complicado hecho de comunicación: la transmisión de saberes con el arte, el duende o la gracia del «aprender deleitando» que dirían los clásicos.

Como se verá, prescindiendo del término «lúdico» porque —pienso— no está reñido el deleite con el esfuerzo —cuya gratificación provoca—, y no conviene —además— engañar al ingenuo que se aproxime al conocimiento con la idea escolástica de recibir —porque sí— la infusa sabiduría.

La singularidad de la posible ciencia en debate es también sorprendente. En el caso de la didáctica su espacio es radicalmente progresivo, empleo el término en su acepción latina —«progreñor»—, avanza más y más para encontrarse siempre con un destinatario —el agente humano— que es y sigue siendo diverso, ambiguo, contradictorio o indiferente, según se coloque al aire de ideologías, avatares políticos o circunstancias prepotentes o dependientes de índole económica.

Mientras en otros campos científicos los resultados de un trabajo de laboratorio —pongamos por caso los químicos/médicos— es evidente que se miden por sus tangibles consecuencias, y su éxito o descrédito lo proclama la trompeta de la fama o los cubre la levedad de la tierra, grandeza o miseria que

—a veces— puede terminar hasta en los tribunales de justicia, la aplicación terapéutica de la didáctica es más sibilina, ambigua, y los efectos provocados por su inoculación se incuban en el agente humano, modificando positivamente su conducta, sin que al fin de los tiempos —los nuestros, los que limitan con unas generaciones— podamos señalar con precisión quién es el causante de tamaña tropelia o de tan benéfico resultado.

**L**A didáctica es ciencia tan contradictoriamente antigua y moderna que, en su respuesta inmediata —un profesor sabe si explicó bien o mal a los pocos minutos de dictar su clase—, o motiva en esa peculiar competición de soledad de corredor de fondo o precipita en la preocupación agobiante y depresiva de sentirse incapaz, indefenso, actor y víctima en un escenario docente del que huyen las miradas y en el que proliferan los bozostes.

Tan sólo por esto, por constatar la conciencia de incapacidad y el deseo de superar carencias o arbitrar medios apropiados que mejoren la calidad para el saber, ya merece esta asamblea un buen reconocimiento público.

Pero en este país la didáctica aún tiene que ganarse su «status», un reconocimiento que, sin duda, va a seguir un camino singularmente distinto e inverso al de otras ciencias.

El prestigio, la aceptación y su valoración social no van a venir por la senda «despótica» de arriba abajo. Los didactas no poseerán ninguna piedra filosofal que ocultar ni operación alquimista guardada en la manga con la que sorprender y transmutar en oro el vil metal; su éxito depende de la respuesta social, sólo mensurable en la capacidad de comunicación que se genera en esa complicada trama

o nasa en la que se enredan familia, profesores y alumnos, no siempre guardando el debido respeto y tolerancia entre ellos.

Si la ciencia didáctica —en cualquiera de sus ramas específicas— presenta en España un notable retraso experimental en comparación con otros colectivos distantes, esta carencia fue provocada por el feroz autoritarismo que atentó contra su propia esencia democrática, sustituyendo el diálogo inteligente y constructivo por el dogma sin razón de la prepotencia y falsa posesión de la verdad. Salvemos, esto sí, a aquellos que —como diría Blanco White— «aunque no pudieron preservar a la humanidad del yugo de una esclavitud, registraron a lo menos su solemne e indignada protesta contra ello en los archivos de la especie humana».

No es posible progresar en didáctica si, como resultado de la experiencia, no ofrecemos —al final— un proyecto de acuerdo o compromiso de desarrollarla con la mutua adquisición de las partes implicadas.

Si en este congreso ha existido un hilo conductor entre sus ponentes, llámense Arturo Medina, Antonio Rodríguez Almodóvar, Paul Meara, Juan Cervera, Robert Galisson o Renzo Tittone, este ha sido la constatación de que ninguna didáctica puede crecer si carece de espacio social dialogante y dialógico, capaz —lisa y llanamente— de poner sobre la mesa de mármol, para seccionar con su bisturí, el cuerpo sin vida de un sistema educativo ya notoriamente lastrado y caduco.

**D**E todas formas, convendría apuntar que, dispuesto el territorio de la sociedad civil, tan sólo nos encontramos en el punto de partida para configurar una ciencia didáctica auténticamente social.

El reto de convertirla en didáctica de la madurez es mucho más complejo y enlaza —sobre todo— con el modelo de escuela/instituto que se pretende desarrollar.

La didáctica de la madurez —muy específicamente en el área de la lengua y la literatura— no sólo debe dar respuesta al uso apropiado de un instrumental para la información, sino a una capacitación para el conocimiento y el saber, que es tanto como decir: fijar las coordenadas para una solidaridad e igualdad sociales. Poco más o menos, hacer verdad aquello que decían los antiguos de que «el saber es poder».

De aquí que en la preparación del profesor —y hablamos de enseñanza primaria y secundaria preferentemente, por ser estas etapas las decisivas en la configuración ética y estética del ciudadano— esta didáctica de la madurez obligue a integrar en la ciencia didáctica como tal —como instrumento— la interdisciplinariedad de saberes que sepan dar respuesta al complejo cultural de nuestros días.

Cada hora es más evidente que la improvisación —habitual e histórica— en la formación profesional de los docentes es una deuda que se paga con altísimos intereses y que —desde luego— no encuentran su futura garantía en los actuales planes de estudios.

De este congreso se deduce la imperiosa necesidad de crear la Facultad de Educación que —de una vez por todas— termine con los parches didácticos hoy vigentes, que afronte una verdadera especialización y cualificación profesional y acabe también —¿por qué no?— con una titulación discriminatoria que —en muchos casos— sólo ha servido administrativamente como justificante de inversiones baratas.

Sé que quedan muchas cosas en el tintero, entre ellas esas cien comunicaciones que demuestran el esfuerzo innovador, la aportación valiosa de profesores de primaria y secundaria que —aún— tienen arrostos para afrontar un proyecto que —día tras día— es un reto en las aulas.

No ha pasado aquí como en la vieja ópera. Ciertamente, el congreso no se divierte, acaso se preocupa, se implica en el negocio didáctico, que es lo opuesto al evanescente ocio pedagógico.

Esta comunidad, hermandad o cofradía de profesores —igual da el nombre— procura, y de ello ha dado ejemplo —como diría Octavio Paz—, vencer al ogro filantrópico de los ejesistemas, que —con su aparente bondad— nos esclaviza en la caverna de la servidumbre, la apatía y el tedio.

**El deporte en la escuela**

**Pedro Gallardo Vázquez y Vicente Toro Entero**

Maestros y pedagogos

**“... Además de ser un medio de desarrollo físico, es indispensable para la formación de personas equilibradas...”**

**A**CTUALMENTE, parece vivirse un auge de la actividad deportiva, de tal magnitud que puede decirse que el siglo XX constituye la era del deporte.

Si partimos de la idea de la actividad física como ejercicio de superación del propio deportista o de un adversario o competidor, el hecho deportivo ha evolucionado e incorporado otros factores importantes: el concepto de olimpismo, la ambición de un resultado; incluso, la utilización política del deporte como medio de propaganda electoral. También es preciso tener en cuenta que la práctica correcta del deporte proporciona la satisfacción de sentirse en buena forma física y psíquica, lo que redundará en una mayor aptitud para desenvolverse en la vida cotidiana y hacer frente, ocasionalmente, a necesidades de sobreesfuerzos, motivadas por las diferentes situaciones en las que lo complicado del mundo actual puede colocarnos. Pero no es sólo la aptitud lo que se desarrolla mediante la práctica deportiva, sino también el individuo, satisfecho consigo mismo, tiene una mayor y mejor actitud o disposición ante los retos a los que ha de enfrentarse (trabajos, estudios, etcétera).

Partiendo de la idea inicial de actividad

física como ejercicio de superación del propio individuo, y proyectándolo al ambiente escolar, tan «utilizado», trabajado y objeto de diferentes estudios por parte de especialistas (pedagogos, psicólogos, profesores de Educación Física, etcétera), así como las diversas administraciones educativas, responsables de la planificación y el diseño de los planes de estudio, y que pretenden, entre otros objetivos, que el niño se desenvuelva en un ambiente escolar adecuado, entendiendo como tal un todo en el que entrarían en juego no sólo las relaciones interpersonales, sino también la promoción de los niveles o ciclos, el desarrollo integral del niño y la formación del individuo para su incorporación, como

agente activo y factor de cambio, en una sociedad competitiva en la que va a desenvolverse en un futuro.

**L**A Educación Física y el deporte en la escuela, tan olvidada y denostada, ha visto hoy reconocida su importancia a todos los niveles (social, educativo, etcétera). No obstante, la realidad nos muestra que la actividad deportiva continúa siendo, en gran medida, una asignatura «María», sin el valor equiparable a las demás materias, dado que pocos le conceden esa categoría que oficial y humanamente le pertenece.

Actualmente, consideramos contradictorio el reconocimiento de la Educación Física, a

los niveles anteriormente expuestos, frente a la situación real en el ámbito escolar. Difícilmente podríamos salir de este «impassé» si no se toman las medidas adecuadas, que en un futuro próximo todos esperamos que se materialicen con la Ley de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE).

Teniendo en cuenta los problemas existentes, tales como: infraestructuras, especialistas, cambio de mentalidad, etcétera, los docentes hacen todo lo posible para paliar estas deficiencias mediante un esfuerzo constante y una continua formación.

El deporte en la edad escolar es de una importancia vital para el niño, pues, además de ser un medio de desarrollo físico, es indispensable para la formación de personas equilibradas, tanto física como psíquicamente.

Confiamos que la reforma de la enseñanza resuelva la problemática deportiva en la escuela y que no se quede todo en la «letra», para que afrontemos el tan esperado año 92 «olímpico» sentando las bases de una sociedad más preparada en todos los aspectos, una sociedad que se gesta en la edad escolar y se desarrolla a lo largo de la vida de la persona, pues persona y sociedad es un tándem inseparable.